

tal anuncio. El marques de Brinvilliers de vuelta: el que hacia tres meses no habia dado sus noticias, llegaba inesperadamente al medio de aquella terrible confesion.

La marquesa, hábil en disimular los mas grandes pesares, compuso su rostro, arregló con presura el desórden de su vestido y peinado, enjugó sus lindos ojos húmedos de lágrimas, y á pesar de su dolor supo aparentar la mayor calma.

El marques entró acompañado de M. Dreux d' Aubray y de un jóven, vestido de militar.

—Buenos dias, Señora,—dijo á la marquesa besándola en la frente, sin reparar en su turbacion, y añadiendo:

—Te presento á uno de mis nuevos amigos, un jóven prisionero que creimos muerto, y que me ha hecho los mayores servicios en el ejército.

Volviéndose al decir esto hácia el grupo del fondo, hizo seña al desconocido para que se aprocsimase, y tomándole por la mano, le dijo al oido:

—No hay que decir una palabra de mi Eulalita del teatro del *Petit-Bourbon*.

Y como si no hubiese pensado mas que en la marquesa, se acercó á ella.

—Querida amiga,—la dice,—te presento al señor caballero de Sainte-Croix, capitan del regimiento de Tracy.

Un grito se dejó oír. Madame de Brinvilliers cayó sin sentido en los brazos de su hermana.

El teniente civil corrió hácia su hija, la ecsaminó con un ojo seco, y lanzando una mirada á Sainte-Croix, se contentó con decir en voz baja:

—Esto es extraño!

II.

LA BASTILLA.

Allá al concluir la calle de San Antonio, en el paraje en que hoy (1) se encuentra un animal monstruoso, de un color dudoso, (2) un magestuoso cañon de estufa, decorado con el pomposo título de *Columna de Julio*, un tablado sucio por el tiempo, algunas planchas enmohecidas, unos puestecillos y algunos cuclí-

(1) 1839.

(2) El elefante de la Bastilla, que ha sido demolido despues.

llos (1) formaban ántes de la revolucion francesa, un inmenso edificio construido en 1369, en el reinado de Carlos V, por Hugues Aubriot, prevoste de Paris.

Este edificio, flanqueado por "bellas, altas y gruesas torres" como dice Christine de Pisan, y rodeado de anchos y profundos fosos, se llamaba *la Bastilla S. Antonio*, y á la vez servia de castillo-fuerte, de tesoro real y de prision de Estado.

En 1661, es decir, tres años despues de la vuelta de M. de Brinvilliers á Paris, la Bastilla San Antonio habia recibido ya en su interior un gran número de prisioneros para ser encerrados en ella, para pasar allí los mas bellos años de su vida, y muchas veces para morir! Para ello, no era necesario haber cometido un crimen, haber traicionado su pais, ni haber deshonrado su familia: era bastante el ser importante ó importuno, escritor de espíritu, ó enemigo de la nobleza, padre de una jóven bonita, ó amante de una gran señora; y sin forma de proceso un sargento del prevoste os arrestaba presentándoos una órden, y silencioso os conducia á la Bastilla. Si pediais esplicaciones, se os amarraba: si injuriabais á los arqueros ó al rey, se os ponía una mordaza, arrojándoos así por quince dias en un calabozo húmedo, abierto á treinta piés bajo la tierra, bañado por una agua pestilente y poblado de animales inmundos....

Hé aquí lo que sucedió á Sainte-Croix dos años despues de haber sido presentado á madame de Brinvilliers por su esposo.

Sainte-Croix, ébrio de felicidad y alegría, por haber encontrado en la marquesa á la muger que habia amado antes bajo el nombre de Margarita, pasaba todo su tiempo cerca de ella: la acompañaba en sus paseos, á los teatros, donde entónces se aplaudia á Tibério Fiorelli y á Dominique, que bajo los nombres de *Scaramouche* ó de *Arlequin*, se habian hecho célebres: la seguía al campo, tomaba asiento á su lado en su carroza, y la consolaba de las disipaciones insensatas y locos amores de su marido.

Un dia en que ambos iban á Picpus para visitar el célebre convento de Penitentes reformados de San Francisco, en cuya iglesia se admiraban las figuras de Germaín Pilon, y un cuadro de Lebrun representando la *serpiente de bronce*, un hombre, vestido con el traje de oficial del prevostazgo, hizo parar los caballos y suplicó muy políticamente á M. de Sainte-Croix que le siguiese. Este, sin desconfiar nada, deja á la marquesa, se entrega á aquel hombre, que le lleva á una calle estrecha donde cuatro arqueros se apoderan de él y le hacen subir por fuerza en un coche.

Indignado de tal traicion, quiere hacer uso de su espada, pero ya no la tenia: pregunta al oficial por qué se le trata así y cuál es su crimen; pero éste no responde una palabra. Veinte veces hizo la misma pregunta y otras tantas solo obtuvo el silencio por respuesta. Cansado de tanta obstinacion, va á levantar las cortinas del carruage y á gritar á los pasantes pidiendo socorro; pero cuatro brazos vigorosos lo obligaron á quedarse clavado en su puesto.

(1) Tal era hace doce años el aspecto de la plaza de la Bastilla.

El carruaje rodó por algunos instantes, despues, se paró en la calle de San Antonio frente á la de Jean-Beau-Sire, delante de una puerta de pilastras cuadradas, con las armas del rey encima de ella. Era la entrada de la Bastilla. A una señal, el puente levadizo se bajó, el carruaje pasó debajo de una bóveda y entró á una especie de patio largo, estrecho y tortuoso, cubierto á la derecha por los cuerpos de guardia, y á la izquierda por las tiendas de las vivanderas: describiendo una curva, pasó un segundo puente levadizo, é hizo alto en el gran patio del castillo en medio de una hilera de soldados.

Los arqueros le hicieron bajar, y lo introdujeron á una sala baja separada de los departamentos del gobernador por una espesa pared.

—Toma;—dijo Sainte-Croix, echando por tierra de un puñetazo dos arqueros que querian registrarle:—me diréis, en fin por qué se me ha arrestado?

Los arqueros nada respondieron.

Sin duda hay un error, continuó, porque un capitan del regimiento de Tracy, que ha servido siempre con fidelidad y celo á su pais, no puede ser privado así de su libertad!

Un personaje grueso y corto, que Sainte-Croix supuso seria el gobernador, á causa de los honores que se le hacian, se levantó, acercose á él, recorrió algunos papeles que le dió el oficial, y dirijiéndose al prisionero, con voz agria le dijo:

—Señor de Sainte-Croix, estais arrestado en nombre del rey, por orden de M. Dreux d'Aubray, teniente de la ciudad de Paris.

—El traidor!—esclamó Sainte-Croix apretando los dientes; pero prosiguió con mas calma,—cuál es mi crimen?

—Vuestro crimen?—replicó el gobernador admirado,—cuál es vuestro crimen?.... Se os dirá mas tarde, señor.

Y salió, introduciendo sus dedos en una magnífica tabaquera de oro.

Sainte-Croix quedó solo con los arqueros y los carceleros de la Bastilla, los que le despojaron de sus vestidos, alhajas y oro que tenia, poniéndole en seguida un vestido sencillo y burdo: dos hombres de cara cadavérica, provistos de antorchas, se pusieron delante de él: cuatro soldados le ataron de nuevo y le hicieron bajar los ciento veinte escalones que conducen al calabozo de la *Torre de la Comté*. Un porta-llaves abrió tres puertas de fierro y le introdujo á una pieza pequeña, cuadrada, sucia y fangosa; dos cerrajeros le ciñeron al cuerpo unas cadenas que pesaban cincuenta libras, y estaban pendientes de una fuerte argolla clavada al medio de una piedra muy gruesa. Terminada esta operacion, todos se retiraron: las pesadas puertas rodaron sobre sus goznes, Sainte-Croix se encontró en la mas horrorosa soledad. El aire que respiraba era impuro, sus piés se sumerjían en el fango, y si trataba de reconocer con sus manos los objetos que lo rodeaban, solo tocaba piedras húmedas, sangre coagulada, osamentas humanas.....

Al cabo de ocho dias, salió de su calabozo y tomó posesion de un cuarto situado en el segundo piso, tambien en una torre, cuyas paredes medio circulares se

hallaban cubiertas de cadáveres mutilados, hachas y cuchillos, pintado todo con pintura roja y negra, por un artista desgraciado, que encerrado en la Bastilla algunos años antes, se habia vuelto loco. A la izquierda habia una ventana con su reja; al frente, una puerta de comunicacion que daba á otro cuartó, y al medio, otra puerta llena de cerrojos de arriba abajo.

Era el mes de Marzo del año 1661. El dia empezaba á colorear. Sainte-Croix, hundidas las mejillas, pálido y con sus cabellos en desorden, estaba sentado en su cama. Tenia en la mano una carta, la cual parecia preocuparle de una manera estraña. Reinaba á su rededor el mas profundo silencio. Solo se oia el sonido argentino del reloj de San Pablo al marcar las horas, y el ruido lejano de las cadenas de los prisioneros que se propagaba en el inmenso vacío de las torres.

—Cómo, dijo Sainte-Croix levantándose y paseándose á grandes pasos en su aposento; seré el hijo natural del duque de Miremot que murió en Londres hace seis meses en un duelo!.... Y es la marquesa de Brinvilliers quien me envia estos papeles. Se aprocsimó á la ventana, y leyó:

“Roma fué la cuna de vuestra juventud: en esa ciudad recibistéis la vida. Vuestra madre, pobre italiana llamada Fornarina, seducida y abandonada por el duque de Miremont, murió al dar á luz un segundo hijo llamado Paolo, que terminó su vida segun nos han dicho en las prisiones de la Inquisicion.”

—Todos han muerto! esclamó llorando, y me encuentro solo en la tierra! Solo, con Margarita á quien jamas volveré á ver! Y es por ella, por haberla amado,—porque ahora, ya sé cuál es mi crimen—el por qué su padre me separó de su lado! ¡Oh! Señor Dreux d'Aubray, si alguna vez recobro mi libertad, desgraciado de vos! desgraciado de vos!....

Y sus ojos brillaban como unos relámpagos, y sus gestos eran amenazantes y terribles.

Se abrió una puerta y un jóven alto, delgado, moreno, de mirada viva y perspicaz, entró al aposento de Sainte-Croix: se adelantó hasta la mesa y puso en ella una redoma, un librito en pergamino, y se sentó sin cumplimento en un sillón de bejuco.

—Segun parece, capitan, no os habeis acostado anoche!

—No; respondió maquinalmente Sainte-Croix.

—Hola, y por qué?

—Por qué? porque así me plugo;—dijo Sainte-Croix picado de tal pregunta.

Pero despues, se apresuró en decir:

—Debais saberlo como yo, señor Exili, hay momentos.....

—No os comprendo.

—En que uno necesita estar solo, dijo Sainte-Croix con impaciencia.

—Oh! en cuanto á eso, capitan, me voy: queria solamente anunciaros una noticia. Es que.... la muerte de Monseñor Mazarin acaecida en estos últimos dias.....

—Mazarin ha muerto!
—Va á cambiar muchas cosas, continuó Exili con indiferencia. Dicen que el teniente civil ha caído en desgracia, y que M. Caumartin, el amigo de la señora de Brinvilliers, acaba de solicitar vuestra gracia al ministro Colbert.

—Será verdad? . . . pero quién sois vos, señor, replicó Sainte-Croix con desconfianza, para recibir tales comunicaciones en la Bastilla? . . .

—Lo que yo soy, capitán, os lo he dicho ya cien veces: un refugiado italiano, que por azar es instrumento de un gran señor, y detenido aquí por haber compuesto los venenos de que mi amo se sirve para aumentar su fortuna. . . . Ah! á propósito de veneno, mirad uno bien extraordinario,—añadió con cierto orgullo, designando con el dedo la redoma que estaba en la mesa:—unas cuantas gotas de ese licor, tomadas por un animal cualquiera, le duerme por muchas horas: en seguida se despierta, parece enfermo, agitado, se duerme por segunda vez con un sueño apacible. . . . y no se vuelve á despertar jamás. . . . Os abriré su cuerpo, y no encontraréis el mas mínimo indicio del veneno. Hum!—murmuró con aire contento retorciéndose sus largos bigotes,—espero que este me lo pagará caro mi amo!

—Qué hombre tan infame es este Exili! pensó Sainte-Croix. Es horroroso, le dijo con severidad, envenenar por algunas miserables piezas de oro!

—Qué queréis, es mi profesion! y en seguida, remarcad, capitán, que no soy quien envenena, es mi noble protector el que se encarga de ello. Yo soy el brazo, él la cabeza.

Y empezó á llenar de tabaco una pipa de fábrica francesa.

Después de un largo silencio, Sainte-Croix le preguntó, qué causa le habia arrojado al crimen.

La venganza! respondió él.

—La venganza! repitió su interlocutor pensativo.

—Sí, la venganza, y la fatal organizacion de vuestra sociedad!

—Oh! mi historia es horrible! es una historia manchada de cieno y sangre; historia de infamias y miserias! . . . Si supieseis cuanto he sufrido ántes de ser un infame, como decís, no me maldeciriais. Lo creéis? Yo habia nacido para amar, para ser un hombre honrado, y, ya lo veis, soy un miserable, un asesino, un envenenador!

Por algunos instantes, se quedó con la cabeza entre las manos: después, encendió su pipa y se puso á fumar murmurando un refrán popular.

Sus palabras, pronunciadas con voz enérgica, llegaron á Sainte-Croix al corazón, inspirándole el deseo de conocer el pasado de aquel hombre bizarro, esperando obtener por él, nativo de Roma, alguna noticia de su familia: así, pues, le suplicó le contase su vida.

—Oh! es una historia bien larga,—dijo Exili poniendo su pipa sobre la mesa;—pero una vez que absolutamente queréis saberla, escuchad:

“Soy hijo de un rico personaje que sedujo á mi madre, hoy hace veinticinco años. . . .”

Sainte-Croix quiso aventurar una palabra; Exili no le dió tiempo para ello y continuó:

—A la edad de quince años, salí del convento en que se me habia educado, y entré á la casa de un boticario en Roma. A los diez y siete años, mi maestro, que era el mas ignorante de los droguistas de Italia, me citaba como el mejor de sus discípulos. Verdad es que yo pasaba el dia y la noche en hacer esperiencias, en estudiar los tratados de sabios botánicos y alquimistas alemanes, y en mis ensueños de jóven insensato, esperaba por mis trabajos, llegar á pertenecer á la Academia de Bolonia! (Reprochadme, capitán).

Cerca de nuestra botica habia un taller, y en él una jóven bella como los ángeles, á quien no podia dejar de admirar cada vez que iba á visitar al droguista, que era su padrino. Parecia que yo no le desagradaba, pues una vez, habiéndome atrevido á hacerle una galantería, me respondió con tanta gracia y abandono que aquella misma noche supliqué á mi maestro pidiese su mano para mí. Un gran obstáculo se oponia á nuestra union.

Era preciso tener oro, y yo solo tenia ciencia, lo que era muy poco para ofrecerlo al padre de Juana (así se llamaba ella). Este, artesano, no tenia preocupaciones ni escrúpulos. No atendia á la cualidad, á la probidad, ni al honor; solo estimaba el dinero. “Tus estudios y esmero en aprender, me decia á menudo—porque me tuteaba—¿á dónde te llevarán? ¿A ser un sabio, no es verdad? ¿Y qué cosa es un sabio en estos tiempos? Un pobre petate, un infeliz que no tiene ni fuego ni hogar, que habita en una guardilla, duerme en un garabato y no paga jamas sus deudas. ¡Bella profesion á fé mia! Deja para otros esa vida aventurera, si quieres obtener la mano de mi hija. ¿Crees, por ventura, que el mundo agradecerá tus trabajos, tus penas, tus fatigas, y que sabrá recompensarte cual mereces? Desengáñate; el mundo está hoy tan corrompido, que solo adoramos una cosa:—el oro! Como sé que las drogas dejan poco, deja á mi vecino, vé á Nápoles, entra á la banca de los hermanos Filippi, gana dos mil escudos romanos, y la mano de mi hija es tuya.”

“Comprenderéis bien, capitán, que después de tal razonamiento no podia esperar llegar á ser esposo de Juana, pero la suerte lo decidió de otro modo. Un noble—los nobles han hecho siempre mi desgracia—un noble, al cual á menudo veia en la casa de nuestro vecino, vino un dia á verme á la botica de mi patron y después de felicitarme largamente sobre lo bien que se hablaba de mí respecto á mis conocimientos farmacéuticos, me preguntó si sabia componer venenos. Sorprendido de oír salir tales palabras de la boca de un señor, no supe que responder. Al momento agregó: “Os doy dos mil quinientos escudos romanos si ántes de un mes me componeis un veneno que no deje indicio alguno. ¿Me entendéis, Paolo?”

Sainte-Croix hizo un movimiento.

—Entonces me llamaba Paolo,—dijo Exili.—Sí, señor de Sainte-Croix, me causaba horror concluir aquel contrato. Pero, amaba á Juana, y no tenía el dinero necesario para comprarla... para desposarla, quiero decir. Ya veis como son nuestras instituciones: se me ofrecían 2.500 escudos por cometer una mala acción, y no me habrían dado veinte por mi mejor descubrimiento!

—Haciendo un día nuevos experimentos con el arsénico, la morfina y el antimonio, encontré un veneno, muy violento es verdad, pero que no dejaba indicio de él. Lo entregué, y recibí mis 2.500 escudos.....

—Tres semanas después, en la iglesia de San Pedro de Roma se celebraba el servicio fúnebre del padre de aquel honrado señor, y mi casamiento con la bella Juana. Hice creer á mi padre político que sabia transmutar los metales, y bien pronto se esparció el ruido de que habia encontrado la piedra filosofal.

—Mi matrimonio, capitán, fué margen de nuevos males. Un noble,—aún un noble!—apostó cien piezas de oro al finalizar una orgia, á que ántes de ocho días habia seducido á mi bella Juana, como si nuestras mugeres no valiesen tanto como las suyas! Cuando pasaba yo por la calle, me señalaban con el dedo, y me llamaban bastardo, marido complaciente! ¡Oh, yo sufría mucho! y no podia responderles, no podia castigar su insolencia porque yo era un pobre y ellos nobles! Pues bien, á pesar de esto, me vengué. Tres dias después de la apuesta escribí un billete á aquel cobarde fanfarrón, dándole una cita en mi propia casa, y lo firmé con el nombre de Juana. Fué á la cita, capitán, fué alegre, con la sonrisa en los labios, ultrajando mi título de esposo. Entró á mi casa, se sentó cual yo estoy ahora, en un sillón; bebió sin cumplimiento mientras esperaba á mi muger, un vaso de vino de Francia que yo habia preparado.... y espiró delante de mí en medio de los mas horribles dolores.

—Tomé su cuerpo, me lo eché á las espaldas y lo arrojé al Tíber; pero el castigo del cielo no se hizo tardar. Mi esposa, á la que habia enviado á la casa de su padre, entró durante mi ausencia, bebió un vaso de aquel vino envenenado, y cuando volví encontré á mi buena Juana, echando el último suspiro.

Hubo un silencio de algunos instantes.

—Denunciado á la policía,—continuó Exili enjugándose una lágrima,—cambié de nombre y tomé el que hoy llevo: salí de Roma, anduve errante por los campos escapándome de la vigilancia de los espías de San-Pére. Una muger de la hermandad de Jesus, una religiosa que conocia á mi madre y á quien jamas olvidaré, me recibió en su convento, me empleó en diversos trabajos y me puso la santa muger en el sendero de la virtud. Por desgracia, la justicia humana no tuvo en cuenta mi conversion. Un dia, iba á ser aprisionado, cuando un noble viagero francés sabiendo de qué crimen estaba acusado, pagó mi rescate y me trajo con él á Francia, bajo la condicion de que continuaria con el mayor secreto la composicion de los venenos. Ya podeis ver, capitán, si me es posible ser hombre honrado en este mundo! La costumbre se sobrepuso á los sentimientos del honor: obedecí, y por segunda vez caí en el crimen. Todo fué

perfectamente por tres años; pero habiéndose levantado algunas sospechas contra mi honrado protector y contra mí, me hizo poner en la Bastilla prometiéndome su apoyo y, como lo podeis ver, se me trata con los mayores miramientos.—Hé aquí, capitán, la historia de mi vida y mis desgracias.

Sainte-Croix, sobrecogido, no sabia qué decir.

—Os llamas Paolo,—dijo titubeando,—pero el nombre de vuestra madre....

—De mi madre!.... ¡Ah! despertais en mi recuerdos muy penosos: mi madre, seducida por un noble, por el infame duque de Miremont, se llamaba....

—¡Por el duque de Miremont!—esclamó Sainte-Croix sofocado por las lágrimas:—por el duque de Miremont!.... ¡Ah! ya sé entonces el nombre de vuestra madre: se llamaba Fornarina.... y vos, vos Exili, vos, Paolo.... sois.... Pero me habian dicho que ya no existia.....

Después, enseñando la carta á Exili:

—Leed.

—¡La escritura es de Sor María!

—¡De Sor María! esclamó Sainte-Croix admirado.

—Sí, de la religiosa de quien os he hablado; y besó el papel con ternura.

—Cómo, capitán, dijo arrojándose á los brazos de Sainte-Croix, ¿seréis por ventura mi hermano?....

Aun estaba abrazado, cuando un carcelero entró y le dió á cada uno una carta sellada con las armas del rey.

—Estamos libres! esclamaron con alegría.

—Esta tarde parto para Lóndres con mi noble protector, dijo Exili.

—Tan pronto!.... Oh! ¿nos volveremos á ver, hermano?

—Si Dios lo permite.

Sainte-Croix abrió otra carta que le dieron con la orden de libertad. La marquesa le noticiaba que su padre, aunque en desgracia para con el rey, se proponia hacerlo perseguir acusándolo del crimen de adulterio. Concluida la lectura de dicha carta, tomó la redoma y el libro que estaban en la mesa, dió el brazo á Exili, y salió de aquel lugar diciendo:

—Ahora nos veremos, señor teniente civil!